

Lo centrífugo y lo centrípeto en las identidades locales*

Xavier Albó

A José Urañavi, dirigente de CIDOB y COICA, recientemente baleado por matones a sueldo de intereses madereros

Este comentario surge de un paquete de ponencias que el azar ha juntado y, por tanto, tiene algo de artificial, por mucho que se hayan buscado temas que reaparecen en otras varias y que mis reflexiones vayan más allá del simple comentario puntual a lo escrito. Entre las ponencias que me corresponden, sólo el trabajo de Emanuel Amodio, pretende dar una visión más de conjunto, con énfasis en los pueblos indígenas y sus organizaciones. Las otras tres son estudios de caso, uno, el presentado por Linda Green, limitado a un grupo étnico y regional concreto de un solo país, Guatemala y los otros dos dedicados a situaciones binacionales o, más exactamente, de grupos que se sienten parte de una misma identidad fundamental pero desde estados diferentes. Salvo Enrique A. González, que se concentra en los colombianos de Venezuela, todos tocan de alguna forma la identidad indígena. Dentro de este conjunto heterogéneo he escogido varios subtemas que me han parecido más pertinentes para la temática central del Coloquio.

* Desafortunadamente, debido a causas ajenas a su voluntad la Dra. Linda Green aludida en estos comentarios, no tuvo la oportunidad de desarrollar su ponencia al simposio como artículo para este volumen. (Nota de los coordinadores del volumen).

El rol de la economía englobante

Linda Green centra su análisis en el impacto de la nueva avalancha del capital, su lógica y sus intereses, en la organización y formas de vida de un pueblo indígena, en este caso los mayas kachikeles de Chimaltenango, en Guatemala. Pero también los otros dos estudios de caso implican, sin desarrollarlo, que la razón fundamental por la que aquellos pueblos emigraron a otro estado fue la oportunidad económica. Los ejemplos podrían ampliarse a casi toda situación en que la gente de cierta tradición cultural va a donde está el capital (como los puertorriqueños o los indígenas mexicanos en California) o el capital va a donde está la gente con determinada tradición cultural. Pero es oportuno distinguir estas dos grandes situaciones.

a) Los inmigrados a otra parte

Los ejemplos de este coloquio se refieren principalmente a cambios de país (Argentina, Colombia, Estados Unidos) o a situaciones fronterizas entre estados (como la de la represa Yaciretá). Pero el panorama es igualmente válido en otras situaciones, como la de los indígenas en las ciudades o en las migraciones laborales permanentes de una a otra región del mismo país, ocupada desde antiguo por gente de otro estilo cultural.

Cuando la gente va a otra parte, donde está el capital, las presiones y condicionamientos en el lugar de llegada son mucho más patentes e ineludibles. No tiene allí mucho sentido ni viabilidad que el recién llegado cuestiona este contexto global al que ha llegado, forzado por la necesidad o por sus aspiraciones. Tal vez por eso son tan bajas las referencias a la temática económica en los números de *Integración* que analiza Enrique A. González o tan positivas las referencias de los guaraní argentinos al compararse con sus hermanos de Bolivia, pese a que aquellos se sienten económicamente mejor. Es que en esta situación de migrantes en país ajeno adquieren mayor relieve las referencias a su tradición cultural; aunque no sin bemoles, según los márgenes de receptividad de la sociedad a la que han llegado.

Subrayemos, con todo, algo que las ponencias no recalcan suficientemente. Para muchos emigrados, la mejor opción será pasar lo más camuflados posible, para no sufrir mayores discriminaciones. Por eso, con frecuencia los hijos de migrantes son los más fanatizados en ciertos reclamos regionalistas del lugar de inmigración. En la industrializada Cataluña, por ejemplo, se habla de “los otros catalanes”, aludiendo al catalanismo de los hijos de “chambergos”, inmigrados del sur de España. En el área de desarrollo capitalista en las tierras bajas de Bolivia, a donde llegan muchos “collas” (andinos) y éstos son objeto de fuerte discriminación por parte de la población local “camba”, se dice asimismo “hijo de colla, peor de camba”. En

nuestros países hemos tenido con frecuencia funcionarios y hasta embajadores norteamericanos de ascendencia y apellido hispano, pero que ya apenas mantenían nada más que su apellido como eco de su origen. Más aún, cuando son muchos los grupos que confluyen en un nuevo lugar, es muy común que las identidades de los nuevos llegados se vayan diluyendo en el curso de varias generaciones. Estados Unidos es un ejemplo típico.

Sin embargo, también es cierto que suelen surgir entonces organizaciones y otras muchas instancias articuladoras de la población llegada de un determinado origen. Pueden ir desde los centros o clubes provinciales en la ciudad de recepción hasta organizaciones de mayor vuelo, como algunas de colombianos en Venezuela o de los 'nuyoricans' o puertorriqueños en Nueva York. En ellas, suele pasar a un primer plano la temática relacionada con su identidad cultural, por referencias tanto a su origen como a las formas específicas que desarrollan en su nueva situación.

No siembre se prescinde en todo ello de las condiciones económicas en el lugar de llegada. La mayor o menor aceptación pública de esta situación económica tendrá también relación con el momento y dinámica de la inserción. Si hay un fuerte bajón con relación a las expectativas previas y al mismo tiempo estos inmigrantes perciben que resultan indispensables a sus empleadores, pueden desarrollar movimientos reivindicativos incluso económicos con un fuerte componente de su identidad. Un ejemplo lo dieron a fines de los 60 los chicanos que trabajaban en los viñedos de California, con su movimiento llamado "La Raza", bajo el liderazgo de César Chávez.

Dada esta gama, hay que evitar generalizaciones tempranas a partir de pocos estudios de caso. Enrique A. González reconoce, por ejemplo, que sus datos son aún muy limitados, por referirse sólo a un medio de comunicación, cuya orientación es muy particular. Será indispensable e iluminador contrastar en un futuro próximo esta fuente con el tratamiento del tema en otros medios de comunicación, tanto en Venezuela como incluso -si es posible- en Colombia, el país de origen.

b) El impacto del capital inmigrado

Sólo Linda Green se fija en detalle en esta otra perspectiva. No tengo mayores comentarios a los impactos que ella percibe en el caso concreto de Chimaltenango. La mayor diferenciación social, el mayor riesgo, la nueva lógica del capital, etc., se podrían ratificar con ejemplos de otros mil lugares. Supuesto que en tanto otros lugares del Tercer Mundo se presenta aún a la maquila como la gran oportunidad, sería útil que el estudio de Linda Green fuera allí previamente conocido para tomar conciencia de las fuertes condiciones de explotación con que esta se desarrolla. ¡Es grave que mu-

chos países del Sur sólo tengan ventajas comparativas en el bajo costo y mayor posibilidad de explotación de su mano de obra!

Pero tal vez esa multiplicación de ejemplos arrojaría luz sobre otro aspecto que Linda Green no llega a desarrollar. Cada transformación suele tomar forma y coloridos muy locales. Hay un viejo efato latino que sigue teniendo aplicabilidad en muchas situaciones de contacto entre diversas realidades culturales, sociales e incluso económicas: “*Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*” (Cualquier cosa que se recibe, toma el modo de quien lo recibe).

Linda Green nos recuerda que la penetración del capital no es nueva en Guatemala. Ya desde tiempo atrás los mayas bajaban temporalmente de su altiplano para trabajar en las plantaciones de café de la costa sur. Podríamos recordar que, por ese camino, surgieron incluso nuevos mitos sobre los orígenes ancestrales de este producto de incorporación reciente en la economía local.

Sabemos que en el pasado la penetración del capitalismo ha tomado formas muy diversificadas en el centro o en la periferia y que en esta última ha tomado articulaciones muy específicas y diferenciadas con los diversos modos o formas de producción locales. Sol Tax, por ejemplo, ya hablaba del “penny capitalism” en la misma región maya. En este mismo Coloquio, David Guss nos brinda un bello ejemplo de invención de tradiciones locales, a partir de los intereses económicos de una multinacional tabacalera.

¿Será tan distinta la avalancha actual? Distinta lo será, sin duda, siquiera por su mayor intensidad. La maquila, por ejemplo, no reproduce ya el mismo tipo de relaciones clientelares que generaba la vieja hacienda, con sus patrones, de raíces también exógenas. Pero los ejemplos que veo en otras partes me hacen pensar que el nuevo capitalismo dependiente será también altamente diversificado y adquirirá rasgos muy particulares en determinados contextos de nuestros países. Las formas concretas que adoptan, por ejemplo, las cooperativas o los sindicatos y hasta municipios, cuando se insertan en una comunidad indígena tradicional, nos dan una pista de ello. Pero caben otras muchas modalidades: las “joint ventures” al nivel macro pueden dar paso, al nivel micro, a comunidades o ejidos “cautivos” de nuevas empresas capitalizadas para la adquisición de insumos, la organización laboral o la venta de sus productos’ o a redes clientelares y hasta compadrazgos entre modernas empresas y vendedores ambulantes semi-salarizados; o a formas muy localizadas de contratos informales “al partir”, etc.

El que en un lugar se desarrolle una u otra forma, depende de la intensidad del impacto, del nivel de estructuración interna, del peso y estilo de cada

cultura y economía local, etc. Hablando de Guatemala, Linda Green tiene toda la razón en afirmar que la situación previa de violencia, que tanto desestructuró las viejas comunidades, ha alfombrado el camino para las nuevas formas más crudamente capitalistas. Algo parecido puede pronosticarse en el Perú de Fujimori, tras su guerra interna con Sendero Luminoso. Son réplicas en pequeño de lo que ocurre casi siempre después de grandes y devastadores conflictos bélicos internacionales.

Pero en otras circunstancias, menos dramáticas, es más común que las transformaciones se inserten dentro de los esquemas económicos, sociales y simbólicos previamente existentes. A la larga, el resultado final tiene mucho de “la misma chola con otra pollera”, para usar el típico dicho andino.

Mercado capitalista e identidades

A propósito de polleras, éstas nos brindan otro inesperado ejemplo del mundo neoliberal contemporáneo en Bolivia. Sobre todo en el ámbito femenino. Ha habido desde siempre una fuerte dicotomía socio-étnica entre las mujeres “de vestido” y las “de pollera”, que es la indumentaria tradicional de la inmensa mayoría de indígenas (o indias) provenientes del campo pero también de las cholos urbanas (mestizas sobre todo culturales). Sin embargo en las últimas décadas la fuerte penetración de la industria capitalista ha hecho proliferar mucho la ropa prefabricada, importada de los países vecinos o confeccionada localmente, a veces en talleres muy artesanales (incluidos los que plagian etiquetas de prestigio): entra mucha menos tela, es más barata y, por tanto, resulta más funcional para muchas rutinas diarias. Se ha consolidado así una categoría etno-social intermedia: las chotas, o mujeres que ahora son de vestido (incluidas las de pantalón) pero que eran -ellas o sus madres- de pollera. Hasta aquí lo predecible.

Pero resulta también que la diferenciación social desatada por la penetración neoliberal está dinamizando un boom en el mercado de la pollera, bien aprovechado por inmigrantes coreanos y sus intermediarios brasileños. El tejido tiene una milenaria tradición como identificadora de grupos y estratos sociales en los Andes y ahora la pollera la ha heredado, como marca de la estratificación social que genera el capital, creando de paso un nuevo y floreciente rubro de importación de telas y estampados. Una chola que mantenga siempre sus polleras en “la novedad” desarrolla un mayor prestigio social que las chotitas pobres, obligadas a pasarse al vestido de la casta socio-étnica superior. Es algo que Doña Lidia Katari, la esposa del aymara Victor Hugo Cárdenas, actual vicepresidente del país, sabe y explota muy bien. La proliferación de masivos y fastuosos festivales folklóricos

en todas las ciudades andinas de Bolivia en las últimas décadas no está tampoco al margen de ese fenómeno y Rigoberta Menchú tal vez tendría también algo que decir sobre el particular.

Las desigualdades abismales favorecidas por el capitalismo dependiente llevan también a otros tipos de evoluciones. Hace unos años estuve en la región de los Purépecha, en torno a Pátzcuaro en México. Muchas familias estaban incompletas porque los hombres se habían ido a *fábrica* (nombre Purépecha de la ciudad de México) pero pude también ver lo muy desarrollado que estaba el mercado de artesanías. Una de ellas, la del cobre labrado, usaba como materia prima los grandes cables desechados por la empresa eléctrica! En Bolivia se venden también alfombras andinas elaboradas con saldos de una fábrica de suéters... Literalmente, de las sobras desechables del capitalismo pueden también reciclarse viejas identidades étnicas. Cuanto más excluyente sea la economía englobante, más probable es que así ocurra.

Los componentes de la identidad

Muchas de las ponencias pretenden dar aportes empíricos a un tema global del Coloquio, que Emanuele Amodio formula en los siguientes términos: “¿Qué pasa con la identidad étnica cuando el horizonte cultural de referencia se amplía, hasta incluir no solamente otros pueblos indígenas sino también pueblos de otros horizontes y con explícitas intenciones de influir sobre esos procesos?” Tres de las ponencias se refieren a la identidad de pueblos indígenas y por ello me fijaré sobre todo en ésta.

El caso de los colombianos en Venezuela tiene menos connotaciones étnicas, en su sentido estricto, pero Enrique A. González adopta también allí el concepto de etnicidad, que él define como “el complejo resultante de las diversas maneras como se estructura y desestructura la personalidad colectiva sociocultural de un determinado grupo en una sociedad históricamente dada”.

No sé si resulta útil esta definición tan amplia, que cubre cualquier identidad socio-cultural, sea de toda una nación-estado, o de un determinado grupo indígena, como los guaraní, que pueden o no coincidir con las fronteras del estado, o incluso un determinado grupo laboral, como clérigos o militares, que pueden también desarrollar su propia identidad “socio-cultural”, incluso internacional. Al menos, habrá que distinguir de que identidad se trata en cada caso. Y también, de que etnicidad, pues esta palabra puede significar cosas distintas en el contexto colombiano-venezolano (en

que pesa más la nación-estado), o en el contexto andino (donde el estado es más claramente pluriétnico), o para aludir a los múltiples grupos inmigrantes en Estados Unidos o, finalmente, para analizar los actuales conflictos en Europa Oriental, donde cada grupo aspira a ser una nación-estado.

Algo más, antes de dejar ese tema de nombres, que suele ir tan cargado de otras connotaciones y emociones. La utilización de uno u otro nombre “étnico” tiene también sus intrínquilis. Silvia María Hirsch, sin avisarnos, va pasando del apelativo de chiriguano al de guaraní en el transcurso de su exposición. No es casual. El primer nombre es el preferido por los de afuera, incluidos los académicos. El segundo, es el que prefieren los interesados sin que les valgan otras razonadas explicaciones históricas, entre otros motivos porque desde la escuela se les inculcó que chiriguano era un insulto inventado por los incas. Casi no hay pueblo indígena que hoy no rechace algún nombre que le fue dado para reivindicar, en cambio, otro que prefiere darse a sí mismo. Más aún, en este Coloquio se ha usado reiteradamente etnia e indígena e incluso aborígen pero no todos los interesados aceptan sin más tal denominación genérica, a veces por la presión clasista, a que alude Emanuel Amodio, pero más frecuentemente, por las resonancias discriminatorias que cada término ha desarrollado en la sociedad global.

Por ese camino varios grupos llegan a adoptar nuevos términos que les resultan más favorables. La organización máxima de los indígenas ecuatorianos, por ejemplo, se llama CONAIE: Coordinadora de Nacionalidades Indígenas del Ecuador. Los pueblos andinos de Bolivia han acuñado ahora el referente general de pueblos originarios (y hasta naciones originarias) - no sin levantar ronchas en algunos políticos no-originarios- arguyendo que los demás nombres son impuestos y que ellos están ahí desde antes del Estado. Por vía independiente, han llegado al mismo razonamiento de las *first nations* en Norteamérica. Estos intentos de rescatar el término nación, liberándolo del monopolio exclusivo y excluyente de la nación-estado, resultan muy saludable.

Pero volvamos a nuestro tema específico. Dos de los casos aquí contemplados (los tratados por Enrique A. González y Silvia María Hirsch) implican cierta identidad compartida a uno y otro lado de una frontera estatal y muestran cómo la inserción en cada lado de ella produce connotaciones distintas dentro de esa identidad, en buena parte porque en un lado tienen las raíces pero en el otro encuentran los nuevos y mejores medios de vida.

Cuando esta es la situación, podría ser útil distinguir entre el discurso ideológico-expresivo y la praxis real. Ambos autores lo sugieren al constatar que los emigrados dan más importancia a la esfera política-ideológica del

grupo de origen en su búsqueda de identidades. También los bolivianos de Buenos Aires tienen una reacción similar. Visité una de sus principales villas miseria y todas las callejuelas tenían nombres bolivianos; todos afirmaban su deseo de volver a su tierra. Pero de hecho pocos entre ellos regresan definitivamente y, si vuelven, muchos ya no se hallan. En su propia tierra son ya calificados como “los argentinos”, por su comportamiento diferenciado. Es una ambigüedad típica de muchos emigrados a países (o regiones, ciudades, etc.) de nivel socio-económico distinto. Los “chicanos” ya son distintos de los mexicanos; en las comunidades andinas se diferencian a los “residentes”, que son sus paisanos ya urbanos, etc.

Esta dualidad puede llevar a relaciones muy diferenciadas entre los dos grupos, según la situación. Silvia María Hirsch subraya, por ejemplo, la situación de mayor debilidad que sienten los guaraní argentinos frente a sus hermanos en Bolivia, pese a que los primeros se juzgan mejores económicamente. Llegaron a copiar la Asamblea del Pueblo Guaraní, aunque significativamente ya no la llamaron “asamblea” sino “asociación” (¿por no entrar ya todos, automáticamente?). En todos esos afanes pesa el deseo de reencontrar sus raíces, tan ignoradas por el Estado argentino. Algo comparable podría decirse de los aymaras del norte de Chile, con relación a sus hermanos Aymaras bolivianos, cuyas radios también escuchan y cuyas organizaciones y militancias admiran e imitan.

Pero incluso entonces, el hecho de estar en contextos distintos seguirá generando nuevos puntos de énfasis. Un dirigente aymara chileno se quejaba de las autoridades de su país diciendo: “Nos insultan y nos llaman bolivianos porque somos aymaras”. Para remediarlo, su organización adoptó el siguiente slogan: “Somos chilenos, pero aymaras”.

En el recién conflicto fronterizo entre Perú y Ecuador, ha ocurrido un conflicto comparable dentro de los Shuar/Achuar, cuyo territorio originario corre a ambos lados de la frontera estatal. Por una parte las autoridades indígenas máximas de ambos países publicaron un manifiesto conjunto solicitando a ambos gobiernos que dejaran de lado esos nacionalismos exacerbados que tanto les perjudicaban. Pero, por otra parte, al nivel local cada sector procuraba dar pruebas de nacionalismo en un bando o el contrario para hacer méritos y los respectivos ejércitos procuraban también sacar partido nacionalista de las viejas desavenencias internas dentro de la etnia.

Un comentario final. En varias de estas situaciones geográfica, social o culturalmente fronterizas, el resultado final no necesariamente es la disolución de una identidad, cada vez más difusa. Puede también generarse una doble o múltiple identidad. Más aún, en muchas circunstancias esta identi-

dad plural resulta preferible y mucho más funcional. Así como el bilingüe y el políglota saca ventaja de su capacidad de manejar más de un código lingüístico, así también la adquisición de este bi- o pluriculturalismo radical, incluso al nivel de identidad grupal profunda, puede facilitar la adaptación a nuevas situaciones. Por una parte se mantiene firme la referencia individual y grupal a unas raíces y, por otra, se mueven más ágilmente en el nuevo ambiente.

Las debilidades y fuerzas del emigrado

Silvia María Hirsch, señala dos factores para explicar la mayor debilidad étnica de los guaraní en la Argentina: la fuerte estabilidad del Estado y la inserción de las comunidades en redes clientelares. Son sin duda relevantes pero tal vez no basten para explicar otros casos.

En situaciones muy semejantes unos grupos reaccionan de una forma y otros de otra. Por ejemplo, en Chile los Mapuches del sur han sido tradicionalmente mucho más orgullosos de su abolengo que los aymaras del norte pese a sufrir ambos un mismo tipo de estado fuerte y excluyente, semejante al argentino. Y, al otro lado de la frontera norteña, tanto la mayoría aymara como la minoría uruchipaya viajan permanentemente de Bolivia a Chile por razones laborales. Pero los primeros retornan humillados y queriéndose catellanizar, mientras que los uruchipayas, siendo muchos menos, mantienen alta su lealtad étnica. Las historias diferenciados y otros elementos estructurales internos de cada grupo son factores complementarios a ser tenidos en cuenta.

Las redes clientelares pueden funcionar también en ambas direcciones. Silvia María Hirsch, subraya el caso en que debilitan la identidad tradicional, que es efectivamente muy común, pues las relaciones clientelares son casi siempre asimétricas y al indígena le suele tocar la peor parte. Pero no faltan tampoco contraejemplos, como el fortalecimiento que algunos emigrados, por ejemplo los residentes urbanos o incluso los zapotecos en Estados Unidos, dan a sus organizaciones de origen, independientemente de las remesas monetarias a sus familiares. El liderazgo urbano de muchas organizaciones indígenas de nivel superior, a que se refiere Enrique A. González, no está tampoco exento de cierto clientelazgo positivo o negativo, según el caso.

Analicemos en mayor detalle este caso de los dirigentes, en que, según Enrique A. González, los mayores vínculos con el mundo exterior pueden redundar en un mayor servicio a todo el grupo. Es, en efecto, común en la literatura pensar que los líderes de un grupo marginal o subordinado suelen diferenciarse de sus bases por haber quedado más expuestos al mundo

de los otros. Enrique A. González, añade también, como importante correctivo, que las organizaciones (y líderes) de nivel superior, incluso continental, reciben su fuerza y vigencia gracias a que se cimentan en otras “micro-identificaciones étnicas locales y regionales”. Efectivamente, cuando no es así, los clientelismos acaban por comerse a esos dirigentes o a reducirlos a miembros de un estéril “Indian jet set”, que han encontrado su *modus vivendi* como portavoces de grupos a los que ya no representan.

Las nuevas organizaciones indígenas

Enrique A. González, enfoca el efecto de la globalización sobre las organizaciones indígenas, que él ve florecer en todo el continente sobre todo a partir de los años 70. Soy también testigo de tal florecimiento, en países distintos de los mencionados por ese autor.

En diversas partes de su ponencia, Enrique A. González señala los siguientes factores, casi todos de orden político-ideológico, como más relevantes:

- La progresiva democratización de los estados nacionales.
- Las discusiones sobre descolonización (incluido el encuentro de antropólogos en Barbados en 1971).
- El nuevo enfoque de diversas instituciones de apoyo, como ciertos sectores de iglesia entre indígenas, cuestionados después del Concilio Vaticano II, y la proliferación de proyectos de las ONGs.
- El mayor contacto entre grupos antes aislados, gracias a las nuevas redes de comunicación.

Señala también, sin desarrollarla, la redefinición de los circuitos económicos. Uno de sus efectos ideológicos habría sido la desaparición del “efecto de distancia”, por ejemplo, por la presencia cotidiana de indios urbanos o, en el otro extremo, por el turismo de selva.

Todos esos factores son, efectivamente, relevantes aunque, como reconoce el propio Enrique A. González, no sin ambigüedades. El comentario reproducido de Balandier a propósito de los medios de comunicación, podría aplicarse también a otros agentes de la globalización, que si bien “favorecen el encuentro de culturas”, también lo “banalizan”, fomentando “identidades superficiales, a la merced de mensajes culturales y proyectos políticos de otros”. Por ejemplo, el apoyo masivo de ciertas instituciones públicas o privadas a la larga puede ser un triste favor. Una organización de base

puede morir por inanición pero también por un excesivo proteccionismo o incluso a billetazos.

Además de los anteriores, quisiera llamar brevemente la atención sobre otros dos factores:

- El movimiento ecológico
- La caída de los estados comunistas

El movimiento ecológico descubrió muy rápidamente a los indígenas como sus potenciales aliados, por su capacidad de convivir durante siglos en medios frágiles que la economía moderna tiende a destruir. No sin algunas idealizaciones y ambigüedades, ha vuelto a flotar en el ambiente mundial la imagen del buen salvaje y varias de las organizaciones indígenas han recibido apoyos, sobre todo las de grupos minoritarios que viven en medios selvícolas. Son probablemente los más necesitados de ello, pero con esa preferencia a veces se refuerzan sin querer viejos y peligrosos enfoques colonialistas. Por ejemplo, se insinúa que ya sólo son indígenas los selvícolas aún poco integrados en la vida "civilizada", o se confisca a la persona indígena, reduciéndola a un simple apéndice funcional de la ecología.

La caída del estado comunista ha influido por dos caminos. Primero, porque cuestionó el esquema determinista que lo reducía todo a la lucha de clases (cayendo por ese camino en el mismo reduccionismo economicista del bando contrario). Segundo, porque la desaparición de un fuerte poder central puso de manifiesto la importancia que la cuestión étnica-nacionalista seguía teniendo en aquellos países que la habían soslayado. A la luz de esta experiencia, muchos políticos latinoamericanos añadieron en su agenda la cuestión étnica y, para ello, empezaron a tomar en serio la necesidad de tomar a las organizaciones indígenas como interlocutores indispensables.

Para concluir esta parte, hay que remarcar que la emergencia de nuevas organizaciones y de estilos organizativos más adecuados a esta nueva situación globalizante no es un efecto automático de factores como los señalados. Debe también mucho a la habilidad de las propias organizaciones indígenas y de sus representantes para aprovechar coyunturas globales como los foros internacionales, los contactos con la ONU y otras agencias, etc. El otorgamiento del Premio Nobel a Rigoberta Menchú o la reciente declaratoria de la Década de los Pueblos Indígenas tiene mucho que ver con esa habilidad y muestra que, actualmente, ya no es vigente aquella situación histórica recordada por Enrique González: las organizaciones in-

dígenas ya no se quedan encerradas en su pequeño mundo local. También ellas han entrado en la lógica de la globalización, pero para defender y fortalecer su derecho a ser diferentes. Desde esta perspectiva, son ya, efectivamente, indios metropolitanos.

La confusa identificación de las ONGs

En esta última sección me refiero a un tema apenas citado por Enrique González pero que apenas ha motivado amplios debates en el Coloquio. En éste, como en tantos otros eventos, han abundado los juicios positivos o negativos sobre unos entes mal definidos, llamados 'ONG'. No entraré en el debate mismo sobre el carácter de los aportes de dicho ente sino en la necesidad de identificar mejor a esos entes.

La misma identificación sólo por la vía negativa, como organizaciones no gubernamentales, ya nos indica que aquí hay alguna carencia gubernamental. Una familia, por ejemplo, es evidentemente una organización y nadie dudará de su carácter no gubernamental. Pero ¿es una ONG? ¿Cabe la Fundación Bigott en el mismo costal de las clásicas ONGs? Ocurre aquí algo comparable a lo que pasa entre economistas y cientistas sociales cuando recurren a un cajón de sastre llamado el sector informal, para cubrir una gama tan vasta como imprecisa de situaciones que van desde lo claramente ilegal hasta lo simplemente mal identificado dentro de las categorías convencionales.

Si queremos hablar de manera coherente de las ONGs deberemos ante todo buscar una definición en positivo y, dentro de ella, elaborar una tipología que permita diferenciar situaciones. En Bolivia se ha hecho ya un primer intento de mayor delimitación, al hablar de las IPDS, o Instituciones Privadas de Desarrollo Social. El término privado puede tener, con todo, algunas connotaciones no pretendidas, por ser el utilizado para referirse a la empresa privada con fines de lucro, algo que no encaja con el concepto real de IPDS o de ONG.

En cuanto a la posible tipología, más allá de la obvia referencia al ámbito mismo de actividad (salud, educación, producción, simple financiamiento, etc.), hay otros factores que pueden ser mucho más iluminadores de cara al enjuiciamiento de cada ONG/IPDS. He aquí algunos posibles parámetros: Sus objetivos tanto explícitos como implícitos. El tipo de instancias que las apoyan (políticas, religiosas, filantrópicas, comerciales, etc.); hay quienes llegan a hablar incluso de las ONGG, organizaciones no gubernamentales, que en el fondo son gubernamentales! El contexto histórico en que desarrollan sus actividades (dictadura, democracia restringida, democracia participativa). El tamaño y estabilidad histórica de cada institución.

Mi tesis general es que, con o sin democracia, existe un espacio específico para las OING/IPDS que ni es reducible a l del Estado ni al de los partidos políticos ni al de las organizaciones de base del movimiento popular y ni siquiera a las consultoras, que ofrecen sus servicios al mercado, a la merced del mejor postor. Sustituir a cualquiera de esos actores supone a su vez la muerte (o transformación esencial) de una ONG/IPDS. Los objetivos y clara pertenencia de determinados individuos a la institución, determinan este rol y éstos más su praxis real, marcan el juicio positivo o negativo que merezca cada una de ellas. Su gran diversidad puede por una parte generar una situación confusa, sobre todo si no hay una instancia coordinadora con los demás agentes; pero, por otra parte, puede reflejar la creatividad y la potencial riqueza del aporte de estas instituciones.